

Interludio—Ramona, Parte Dos - El Juego en el Carrousel: Una Película de Terror LitRPG

- [Interludio—Ramona, Parte Dos - El Juego en el Carrousel: Una Película de Terror LitRPG](#)

Interludio—Ramona, Parte Dos - El Juego en el Carrousel: Una Película de Terror LitRPG

"¿Qué está pasando allá, Paul?" preguntó la voz en la radio. La voz llevaba horas inquirendo sobre el alcalde extraviado, pero ahora solo preguntaba por el fuerte estruendo en la distancia y el caos de las multitudes.

Paul, que observaba de pie, no entendía qué ocurría. Solo estaba viviendo su día cuando, sin motivo aparente, se abalanzó con rapidez hacia la Celebración del Centenario, apartó a los asistentes y se plantó en el borde de un gran círculo de personas, centradas únicamente en una mujer que vociferaba y coreaba, identificándose como Lillian Geist.

Pero eso era imposible. Los Geist estaban muertos. Tras la muerte de Jedediah Geist el día anterior, todos ellos habían desaparecido.

Lillian, Lillian, pensó. ¿Cuál sería esa? Ah, sí, la reina de belleza. La que se había roto la pierna en una pelea para conseguir la corona. ¿Cómo podía saber si esa realmente era ella? Ella llevaba una máscara o quizá prótesis. No era fácil mantener la calma en un aniversario con todos esos disfraces.

Paul debía intervenir y restaurar la calma y el orden en la situación.

Pero no lo hizo.

¿Y por qué no? ¿Tenía miedo? No, eso no era. Paul era un hombre corpulento. No sería cobarde. Tal vez solo evaluaba la situación. Sí, eso podía ser—sin necesidad de precipitarse. La mujer no parecía estar en peligro ni tener heridas que atender. Solo podía analizar el escenario y mantenerse en su lugar. Aunque, en algún momento, tendría que avanzar para tomar el control. Tenía una mano en la pistola y la otra en la radio, preparado para actuar.

Pero en realidad, nunca intervino. No se sabe por qué. En alguna extraña forma, sintió que estaba en su puesto, justo donde debía estar.

Incluso cuando la joven a su lado, supuesta Lillian Geist, suplicaba a la multitud que la ayudara, Paul nunca dejó su puesto.

Una explosión a lo lejos. No, no era una explosión, sino el sonido de una estructura gigante que se desplomaba de golpe.

Paul volvió la vista para averiguar qué había sido.

"¡Dios mío!", exclamó en su radio, lo primero que había dicho en él desde que llegó corriendo.

La noria se soltó.

En ese momento, todos en el parque entraron en pánico. Los ciudadanos preocupados y los curiosos perdieron interés en aquella mujer desesperada que se identificaba como Lillian Geist, todos menos la joven con una mecha roja en el cabello.

El oficial Paul mantuvo su postura. Se encontró gritando a la multitud que no entrara en pánico y que avanzaran ordenadamente hacia la salida, mientras la noria empezaba a rodar libremente, impactando con otros juegos y derribándolos de sus anclajes, haciendo que colapsaran.

Por supuesto, la gente ignoró sus advertencias. Corrían, empujaban, se apretujaban sin importarles la seguridad de los demás. Las madres tomaban a sus hijos en brazos y huían, dejando cochecitos y bolsos atrás. Los adolescentes, temporalmente despojados de su rebeldía, pedían ayuda entre lágrimas, siendo empujados contra pasamanos y obstáculos de todo tipo.

Sin embargo, Paul, habiendo hallado su lugar, permanecía firme, indicando a las personas que pasaran por donde debían. Después de todo, era un hombre corpulento, y su uniforme azul era visible. Finalmente, logró restablecer un cierto orden en la evacuación, en la medida de lo posible.

La mujer, Lillian, aún yacía desplomada en el suelo. La joven, cuyo nombre desconocía, trató de ayudarla pese a las advertencias de su hermana y compañera de banda. Paul no sabía en qué relación estaban esas personas con ella, por supuesto. Paul era un policía local, pero no conocía a todos.

Solo sabía lo imprescindible y, en este momento, no tenía motivos ni explicación para saber que Phoebe y Tony estaban desesperados por alejar a la mujer sin nombre de Lillian Geist. Esos pensamientos se deslizaban por su mente sin arraigo.

Finalmente, las multitudes se dispersaron y Paul pudo ver una de las muchas cosas de las que la gente huía.

Era un hombre.

¿Era...

Paul se quedó inmóvil, no porque algún guion cósmico se lo hubiera ordenado, sino porque en realidad le asustaba profundamente lo que estaba mirando.

El hombre era incluso más corpulento que Paul. Estaba bien construido y cubierto por hierro oxidado que parecía haber sido vertido sobre su piel todavía fundida. El metal envolvía su torso y brazos, formando dientes irregulares que arañaban y punzaban mientras caminaba.

La mitad izquierda del rostro del hombre estaba quemada o ausente, uno de los primeros daños producidos por el accidente que lo había atrapado. El metal permanecía firme en la órbita de su ojo izquierdo y en los pómulos, abrazando y cubriendo su mandíbula en ese lado de su rostro.

Paul temía por su vida y la de quienes estaban a su alrededor.

Sin embargo, no dejó ninguna marca.

“Señor,” dijo, “tendré que pedirle que deje el bastón de metal.”

¿Era un bastón? Paul no podía asegurarlo. Parecía... parecía haber salido directamente de la noria, por el color y la forma del metal... Pero eso no podía ser, porque aquel metal estaba oxidado hasta formar un filo afilado. La rueda de la fortuna parecía estar casi nueva.

El hombre no respondió.

Desde la distancia, Paul vio un rastro de cadáveres ensangrentados. No había notado cómo llegaron allí en medio del caos, pero ahora lo sabía con certeza. La sangre goteaba de la arma improvisada del hombre.

“Necesito refuerzos cerca de la casa embrujada y del puesto de tartas en forma de embudo en el extremo oeste,” dijo.

Y esa fue la última vez que habló.

En el guion, se suponía que llorara por su esposa, pero cuando la pieza de metal, áspera y oxidada, atravesó su torso por debajo de las costillas y salió cerca de su clavícula, no pronunció palabra alguna.

Sus últimos pensamientos fueron para su esposa. Y, en medio del caos de sus lamentaciones últimas, se preguntó, por última vez pero no por primera, “¿Por qué vine aquí?”

~ - ~

Ramona trató de despegar a la pobre mujer del suelo, pero ella no ofreció ayuda alguna: ya había rendido.

“¿La he visto antes?” preguntó Lillian, desconcertada. “No, pero seguramente la he sentido. ¿Puedes sentir esa sensación de hundimiento?”

Ramona detuvo sus esfuerzos por ayudar a la mujer y reflexionó. Miró nuevamente al hombre cubierto de óxido y se dio cuenta de que sentía esa sensación de hundimiento, como si no hubiera esperanza.

“Solo tienes miedo,” mintió. “Todo estará bien. Te vamos a —”

Desde el borde de su visión, vio cómo el oficial de policía era atravesado por aquel extraño hombre.

Gritó.

“Vamos,” dijo Phoebe, “podemos irnos ahora, lo prometo.”

“Shh,” reprendió Tony a Phoebe, quien había dicho demasiado.

A diferencia del desafortunado oficial Paul, ellos sabían con precisión por qué se encontraban en aquel mismo lugar.

Ramona cedió.

No pudo levantar a Lillian del suelo. La mujer era más pesada de lo que parecía.

¿Qué debía hacer Ramona?

Decidió mantenerse de pie y correr hacia la salida, pero al intentar hacerlo, la correa alrededor de su cuello se sostuvo firme. Lillian aferraba su bolso de guitarra.

“¡Déjalo!” gritó Phoebe a Lillian.

Lillian no soltó. En cambio, mientras Ramona intentaba liberarse del agarre de la mujer, Lillian la miró a los ojos y dijo, “Quizá esta sea la única salida.”

Ramona, impulsada por un nuevo impulso de “qué demonios,” se soltó del bolso de su guitarra y dejó que fuera Lillian quien lo sostuviera.

Lillian se arrodilló y esperó mientras el grupo Die Cast avanzaba lentamente hacia ella.

“Eres tú,” susurró Lillian con suavidad.

En el guion, una nota preguntaba si alguien sabía qué quería decir con eso, pero nadie tuvo una respuesta.

Todo lo que ella había querido expresar era que finalmente había encontrado al salvador que la salvaría de aquella vida enviándola a la muerte.

Mientras él se acercaba a Lillian, una explosión estalló en las cercanías. Un tanque de propano en el quiosco de churros sufrió una falla catastrófica y explotó. El quiosco quedó hecho añicos y cenizas, pero la atracción de la casa embrujada, construida con piezas transportadas en el remolque por grandes camiones, fue alcanzada por la detonación con tanta fuerza que se soltó de las sujeciones y cayó hacia adelante, convertida en un montón ardiente.

Aterrizó sobre Phoebe Mercer y Tony, quienes se habían adelantado a Ramona por razones que ni ellos mismos entendían.

Ramona se encontraba justo en el lugar adecuado para evitar que la estructura cayera. sollozó con un grito.

“¡Phoebe!”

Ramona miró de regreso al hombre cubierto de metal.

Él levantó su arma de metal oxidado y, con un solo golpe, decapitó a Lillian Geist, lanzando su cabeza y su cuerpo a las llamas de los restos de la casa embrujada.

El hombre observó a Ramona solo un momento y luego se volvió para irse.

“¡Phoebe!” gritó Ramona.

Con todas sus fuerzas, levantó la lámina de metal que cubría el lugar donde estaban Phoebe y Tony.

Allí estaban. Phoebe jadeaba, vomitando su sangre bajo una viga de metal. Tony había sido alcanzado en la cabeza. No había nada que hacer por él.

Ramona se acercó a la viga y trató de levantarla para liberar a su hermana herida. Pero nada, el metal no se movía.

Pensando rápidamente, agarró una madera de dos por cuatro para intentar despejar la estructura metálica, pero la tabla se quebró.

Ramona se inclinó lo más cerca posible de su hermana y extendió sus manos hacia ella.

El sonido de la respiración agónica de su hermana la enojó aún más.

Miró al cielo y preguntó: “¿Dónde estás?”

No hubo respuesta.

“¿No deberías ayudarnos?” preguntó ella. Su madre siempre le había dicho que el hombre invisible que acechaba la línea Mercer era un buen tipo, no uno malo.

Cerró los ojos e intentó sentir la presencia de esa entidad invisible que pasaba de un Mercer a otro. Su hermana siempre había tenido esa conexión fuerte. Ramona era vista como escéptica por su madre.

“¡Ayúdala!” gritó Ramona, pero el Poltergeist Mercer no hizo acto de presencia.

Miró hacia su hermana y comprendió que lo que ella pensaba que era respiración en realidad era algún tipo de espasmo. No podía ser que Phoebe estuviera respirando; estaba aplastada. Su pecho

casi parecía plano bajo la viga.

Ramona maldijo a su protector familiar inútil y se puso de pie.

En ese momento, el guion indicaba que Ramona sería auxiliada por la policía y los bomberos, pero Ramona no conocía ni le importaba ese guion.

Se levantó y giró en dirección al hombre de metal.

El paso del angustia a la ira era para algunos una transición sencilla. Ramona sintió una ira que superaba a cualquiera que hubiera experimentado antes.

Sabía que aquel hombre cubierto de metal era responsable. Podía sentirlo, las chispas de destrucción desprendiéndose de su cuerpo como radiación.

Corrió tras él, y el guion anotó: "Dyrkon se encargará de eso."

-

El hombre no mostraba interés por Ramona. Ni siquiera giró la cabeza mientras ella lo perseguía.

Sin embargo, los demás sí estaban muy preocupados. Personas surgían de la nada. Multitudes enteras se dirigían rápidamente hacia los terrenos del festival. No se acercaban directamente a ella, pero sí se aproximaban. Llenaban el espacio entre ella y su objetivo como el agua que adopta la forma de su recipiente.

Esquivó a cada persona.

Algunos incluso tuvieron el descaro de preguntarle si estaba bien. Algunos de ellos estaban heridos, pero de repente mostraron una gran preocupación por el bienestar de Ramona.

Los esquivó y aceleró el paso.

No pensaba dejar escapar al hombre.

Él solo caminaba. ¿Por qué le parecía tan difícil acercarse a él? Ni siquiera le parecía lógico. Cruzó un campo a lo lejos, y cuando ella llegara a ese campo, le tomaría aún más tiempo que a él, a pesar de correr y él caminar.

Pensó que se estaba volviendo loca.

Pero siguió persiguiéndolo. ¿Qué haría cuando lo alcanzara? No lo sabía.

Probablemente la persecución la llevó a la mitad de la ciudad. Terminaron cerca de la vieja fábrica Geist, antes de que ella pareciera avanzar en él.

Cuando creyó estar cerca, él se volteó.

Con una mano quemada, alcanzó la otra y tomó lo que ella suponía era un anillo de bodas, por el dedo al que estaba atado.

Lo levantó y lo dejó caer en la hierba. Luego, se dio la vuelta y continuó su camino alrededor de la fábrica.

La curiosidad de Ramona quedó despertada. ¿Por qué dejar un anillo allí? ¿Qué podía significar?

Se acercó rápidamente al lugar donde lo había dejado y miró el pequeño anillo de oro, que había sido derretido y deformado, pero aún contenía una pequeña piedra de color marrón.

Qué extraño.

Era un anillo simple, y el amor que representaba ya había quedado en el pasado.

Se inclinó y tomó el anillo del 1º de abril de 1992, pero al levantarse, el sol saltó a través del cielo.

La noche comenzaba a caer en el 1 de enero de 1984.

A lo lejos, podía escuchar a hombres tramar.